La Academia de Medicina de París y la tragedia de Francia *

Por el Dr. ALFONSO PRUNEDA

Tenía elegido el tema para mi trabajo de turno, cuando llegó a la biblioteca de nuestra Academia un paquete con siete cuadernos del "Bulletin de l'Academie de Medecine" de París, después que se había interrumpido la llegada de esa importante publicación durante 16 meses. Con gran interés, muy explicable por las circunstancias que ha venido atravesando Francia desde junio de 1940, he leído aquellos boletines y con las impresiones resultantes de esa lectura, escribo las presentes líneas para cubrir mi turno reglamentario.

Los cuadernos a que me refiero tienen el mismo formato y la misma impresión cuidadosa de sus predecesores; están impresos como éstos en la reputada casa Masson y Compañía, que sigue anunciando sus publicaciones en la tercera y cuarta páginas del forro del boletín; corresponden los números acabados de recibir a las sesiones del 7 de mayo al 22 de diciembre de 1940, es decir a los meses inmediatamente anteriores y posteriores a la ocupación de París por el Ejército Alemán; todos traen las palabras, "publicación periódica bimensual". No se ha recibido ningún número correspondiente a 1941.

La primera impresión que se tiene de la lectura del Boletín de la Academia de Medicina de París correspondiente a los primeros meses de la tragedia de Francia, es desconcertante. Parece que la situación de París no haya cambiado y que los miembros de aquella ilustre corporación no exteriorizan preocupaciones motivadas por el nuevo estado de cosas; aun cuando, como se verá después, la vida de la Academia sí se ha visto influenciada por la ocupación alemana. Las sesiones se celebraron, en el semestre a que me refiero, en los mismos días y a las mismas horas de siempre. Las órdenes del día comprendieron los asuntos de rutina, salvo excepciones que después se señalarán. No hubo las acostumbradas vacaciones anuales; pero al terminar el año se discernieron como de costumbre, los premios correspondientes. Estos premios com-

* Trabajo reglamentario de turno, leído en la sesión del 10 de diciembre de 1941.

prendieron recompensas a personas señaladas por sus trabajos especiales sobre las epidemias observadas en Francia, en las colonias y en los países de protectorado durante 1939; las que se refieren a trabajos para el servicio de aguas minerales y sobre la higiene de los niños en la primera infancia, y las distinciones conferidas por el servicio de vacuna; todas ellas, consistentes en medallas de oro, plata y bronce. Se señalaron también los premios para 1941, 1942 y 1943. Los que tiene a su disposición la Academia son 124, de los cuales no todos se distribuyen anualmente. Los premios más elevados son el del "Príncipe Alberto I de Mónaco" y el "A. J. Marmottan", cada uno por valor de cien mil francos. El importe total de los premios es de fs. 411,110.

Como de costumbre, se presentaron algunas obras impresas, entre ellas el volumen 6 de los "Trabajos efectuados en 1939 en el Servicio de ultravirus del Instituto Pasteur y en el Servicio de sífilis y quimioterapia experimental del Instituto Alfredo Fournier", por el doctor Levaditi; y el tomo XII del célebre "Tratado de Fisiología Normal y Patológica", dirigido por los maestros Roger y Binet. Se declararon algunas vacantes para que se presentaran candidaturas; fueron presentadas algunas de éstas; se eligieron nuevos miembros titulares, entre ellos Noel Fliessinger, y ya, al darse trámite a estas elecciones apareció la nueva situación política: la elección "será sometida a la aprobación del Mariscal de Francia, Jefe del Estado". La Academia, con sede en París, reconoce la autoridad de Petain, y puede comunicarse con él aun cuando están en zonas distintas: la ocupada y la no ocupada. Esta misma situación se revela cuando se da cuenta en las sesiones, de informes sobre epidemias, que vienen a París de la zona controlada por el Gobierno de Vichy y de notas suscritas por el Ministerio de la Familia y de la Salubridad Pública.

También se nombraron las nuevas comisiones permanentes para 1941: higiene y enfermedades contagiosas; aguas minerales; vacuna; higiene de la infancia; sueros; tuberculosis; higiene y patología exóticas; instituto superior de vacuna; laboratorio de control de los medicamentos antisifilíticos; laboratorio de controles químicos, microbiológicos y fisiológicos; comité de publicación; comisión del diccionario; comisión de miembros libres y comisión de miembros asociados. La existencia de estas comisiones, que han

sido una de las características de la Academia de Medicina de París, demuestran la intervención de esa ilustre compañía en importantes asuntos de Salubridad Pública, la cooperación que siempre ha prestado en ese sentido a las autoridades y, por lo mismo, la importancia de la función social que tiene encomendada, no incompatible con su valiosa obra científica.

Esta se revela en los diversos estudios que aparecen en los boletines que se comentan. En esos estudios, algunos de los cuales quizás fueron escritos antes de junio de 1940, se tratan temas médicos, quirúrgicos, obstétricos, higiénicos, de laboratorio, etc., dentro de la variedad de los estudios académicos; pero también no faltan importantes investigaciones y estudios sobre problemas de actualidad científica, Solamente se mencionan a continuación algunos, para dar idea de la variedad e importancia de esos trabajos: infecciones puerperales curadas por las transfusiones macizas de sangre conservada; preparación de suero de convalecientes; estudios sobre las salmonelas; tentativas de aislamiento del virus herpético; estudio de la fatigabilidad en la miastenia y otras afecciones, basado en la cronaxia; el alcoholismo de los bebedores de vino; clasificación químico-biológica y modo de formación de las toxinas bacterianas; dispersión del treponema pálido según su modo de inoculación; resultados obtenidos en una maternidad por el empleo preventivo de las sulfamidas en los partos; producción de tumores del bazo por acción directa del benzopireno en la rata blanca, etc., etc.

En una sesión se recuerda la historia de la Escuela de Puericultura fundada en 1919, como consecuencia de la guerra anterior, merced a las gestiones de la Cruz Roja Americana secundadas por el doctor Roger, decano de la Facultad de Medicina de París; y en otra sesión se celebra el centenario de la muerte de Esquirol, el creador de la Clínica Médica de los Enajenados.

La Academia pierde a algunos de sus miembros, entre ellos el ilustre ginecólogo profesor Armand Siredey, cuya inhumación estuvo muy concurrida, provocando que "cerca de la tumba de un verdadero y noble francés, se reunieran quienes obscuramente buscaban un sentimiento de consuelo". Poco a poco se deja sentir en la vida de la Academia la influencia de la tragedia, que, por lo menos aparentemente, no estorba su obra normal. La Aca-

demia felicita al Gobierno (sin que se diga a cuál) por las medidas que está tomando para limitar el consumo de alcohol. En la sesión del 9 de julio se presenta un trabajo sobre "las psicosis agudas por agotamiento somatopsíquico", basado en observaciones de enfermas a consecuencia de la invasión alemana. Al elegirse vicepresidente para 1941 al conocido profesor Emilio Sergent, éste recuerda que ingresó a la Academia algunos meses después del fin de la guerra anterior y que ahora recibe la segunda manifestación de su estima, que coincide con el fin de una guerra que "nos tiene aún bajo su dura férula".

La dolorosa situación de Francia y especialmente de París, a pesar de la aparente tranquilidad con que la Academia lleva a cabo su programa, se refleja más y más en ella. En la sesión del 16 de julio, el ilustre profesor Achard, Secretario General, informa de sus preocupaciones de que la Academia guardara contacto con el Gobierno a fin de que éste pudiera consultarla, ya que según sus estatutos tenía que desempeñar en esos días dolorosos el papel que le confían desde sus orígenes para la salvaguardia de la salud pública; por eso el ilustre profesor siguió al Gobierno Francés por diversos lugares; pero como las preocupaciones de éste eran otras, se decidió que lo mejor era que la Secretaría volviera a París y que la Academia recobrase su "figura normal". La vuelta se efectuó del 11 al 12 de julio. Al expresar su satisfacción de encontrarse el profesor Achard entre la Academia intacta, la invita a ver hacia el porvenir; dice que el lenguaje oficial habla de una Francia nueva y proyecta que participe en su nacimiento y desarrollo una fuerza de la que antes no se hablaba: la "élite" del país; y agrega que dentro de ella la Academia tiene derecho a un lugar y no duda lo ocupará con honor. Esta actitud del profesor Achard coincide con la de otros intelectuales franceses, que deseaban un cambio en su país y que se sentían lastimados porque no tuvieran el lugar que creían les correspondía. No es uno de los aspectos menos dolorosos de la situación de Francia los reproches que se hacen unos y otros de los ciudadanos de aquella gran nación, digna de mejor suerte, y los síntomas que aparecen, antes y después de la invasión extranjera, de la profunda división que existía y existe entre los franceses. Algunos meses más tarde, al ser reelegido como Secretario General, por otros 5 años, el profesor

Achard declaraba que en la dolorosa prueba que atraviesan los franceses, la Academia no ha dejado de cumplir con su tarea protectora de la salud pública y habrá de esforzarse en mantenerle ese papel oficial; y en frases en que se trasluce su pena indudable junto a la idea de que su país necesita una reorganización general, afirma que si en ésta fuere necesario "construir o plantar como el viejo de la fábula, trabajará para sus bisnietos, y sin esperar ver un porvenir que no está hecho para él, guardará plena confianza en los destinos de la patria". No es difícil encontrar a través de estas palabras la tragedia de Francia y de los franceses.

Rápidamente la Academia de Medicina de París se pone a tono con la situación; pero es muy de señalarse que no aparece en su boletín nada que signifique complacencia con los que ocupan buena parte de Francia, aun cuando se entienda con las autoridades de París, sin dejar de entenderse también con las de Vichy: situación confusa que tiene que haber hecho aun más penosa la condición de quienes creían que estaban cumpliendo con su deber, al seguir, al parecer imperturbablemente, la tarea de la Academia.

El director del Centro Nacional de la Investigación Científica, que también regresa a París, aun cuando igualmente se sigue entendiendo con Vichy, invita a la Academia para que esté representada en un Comité para el estudio de los problemas de la alimentación; y la Academia nombra un representante. Espontáneamente, algunas comisiones dan muestras claras de preocupación por los acontecimientos. La Comisión de la Tuberculosis propone, como es aprobado, que la Academia señale el peligro de extensión de esa enfermedad y pida a los "poderes públicos" se entiendan con la autoridad alemana para que se organicen en los campos de prisioneros y en los medios permanentes de refugiados, exámenes sistemáticos radiológicos, ya que es seguro el aumento de aquel padecimiento como consecuencia de la subalimentación. La Comisión de la Leche estudia el problema de la repartición de este líquido destinado a la población del Departamento del Sena, que se hace cada día más difícil; recomienda enérgicamente la lactancia materna, y formula la siguiente escala de prioridad para la leche: niños, mujeres embarazadas, mujeres que crían a sus hijos, enfermos con necesidad absoluta de régimen lácteo parcial o ex-

clusivo, y ancianos cuyo régimen alimenticio debe comprender cierta cantidad de leche; señala categóricamente que los individuos de más de 14 años no deben tomar leche.

Como es natural, los problemas de alimentación son el principal motivo de preocupación de la Academia. El anciano profesor Delbet sale de su retiro voluntario para recomendar que se consuma pan moreno en vez de pan blanco, lo que motiva un voto favorable de la Academia cerca de los "poderes públicos". A propuesta del ilustre hombre de letras y médico Georges Duhamel, se nombra una comisión encargada del estudio del programa de racionamiento alimenticio de la población francesa. La comisión se traza un programa que permita dirigirse a los "poderes públicos", al cuerpo médico y a la misma población. Desde el principio anota que la penuria alimenticia es grande y las restricciones severas (la ración diaria se reduce a 1220 calorías); y afirma que las carencias impuestas a la población comprometen, en el presente y en el porvenir, la salud de la juventud francesa. La Academia se considera obligada a llamar la atención de los "poderes públicos" sobre la necesidad de repartir los alimentos según el estado fisiológico de los individuos, y también a dar a los médicos, las trabajadoras sociales y las amas de casa, consejos destinados a aliviar en cierto modo las consecuencias de la subalimentación. La ración reducida que se fija para los muchachos grandes, los adolescentes y los adultos, todavía es más inadecuada para el trabajador moderado, que debe tener 2200 a 2500 calorías, y para los que se ocupan en trabajos intensos, que deben contar con 3200 a 3500. Se habla de utilizar alimentos que no figuran en las cartas de restricción (carne de caballo, tripas, sangre de toro, etc.); se dan consejos para el ahorro de los alimentos a fin de que no se desperdicien; para el cocimiento de las papas antes de ser peladas; para que no se tiren los rabos de las espinacas, las zanahorias, los nabos y los betabeles que pueden servir para hacer caldos excelentes; y se aconseja también aprovechar carnes de baja calidad que en tiempos normales no se consumían. La comisión estudia también la necesidad de dosis elevadas de azúcar para los niños y las raciones para los enfermos. Insiste en los peligros de la subalimentación en la infancia y en la adolescencia, y formula consejos prácticos para los médicos, para las amas de casa y particular-

mente para las familias. La Academia aprueba el dictamen de la comisión, que pasa a los "poderes públicos", y resuelve imprimir aquellos consejos para que lleguen a todos los médicos de Francia. Según Duhamel, con el concurso de los mismos "poderes públicos", tales impresos podrán pasar a los territorios no ocupados. No es nada probable que estos estudios hayan servido, dadas las inhumanas condiciones impuestas progresiva e implacablemente por los invasores.

Seguramente porque la principal preocupación era la restricción impuesta a los alimentos, la Academia conoció también de otras memorias relativas a este asunto. En una, sobre la "ración alimenticia del trabajador manual", su autor, el profesor Binet, después de recordar la frase de Vauban: "el arte de la guerra no es nada sin el arte de subsistir", afirma que la paz no puede ser fecunda sino a condición de que se alimente suficientemente a los trabajadores del país y que para tener un buen equipo de trabajadores manuales es necesario cuidar que se alimenten bien. Otra memoria acerca del "valor nutritivo de los alimentos de reemplazamiento" define a éstos como los que no se utilizan en período normal, pero que se les incluye en el régimen alimenticio para completar el racionamiento en período de restricciones; aconseja cómo deben reemplazarse la carne y los alimentos azoados, el azúcar, los feculentos, los aceites alimenticios y el café; apareciendo de la discusión que estos alimentos sustitutos eran tan difíciles de procurarse en París como los que podrían reemplazar y que los transportes también eran escasos y difíciles.

En otro trabajo titulado "la técnica culinaria actual y los alimentos de reemplazamiento", el autor dice que estos alimentos sólo pueden incorporarse a la ración cotidiana en formas y aspectos que no choquen con los hábitos; define la cocina actual como la preparación de platos psicológicamente aceptables y fisiológicamente utilizables, con los alimentos más diversos y muy a menudo con alimentos cuantitativa y cualitativamente insuficientes; estudia también los diversos métodos de cocimiento y otras técnicas de cocina que permitan aprovechar mejor lo que se tenga a la mano. Si no se tuviere en cuenta la situación por que ha atravesado París, y en general Francia, parecería curiosamente extraño que una Academia de Medicina tuviera que ocuparse en estudios rela-

cionados con la práctica de la cocina. En otro trabajo, denominado "ración alimenticia y vestido" se anotan las cada vez más graves situaciones a que da lugar el frío en complicidad con la alimentación deficiente. Otra memoria se ocupa de la "mejor manera de utilizar el trigo y el pan en períodos de restricción alimenticia", y da lugar a una discusión de las que a veces se llaman "verdaderamente académicas", sin que se llegue a ningún resultado práctico, y en la que uno de los miembros de la corporación afirmó: "no se trata de escoger los alimentos, se trata de no tener hambre". La última memoria sobre estos graves asuntos alimenticios, que aparece en el Boletín a que estas notas se refieren, se titula "valor alimenticio de la leche descremada y de la leche batida (babeurre)".

Bastan estos cortos resúmenes de los estudios presentados en la Academia de Medicina de París a propósito de la alimentación en el primer semestre de la ocupación de Francia por el extranjero, para darse cuenta de cuáles eran las preocupaciones de aquella ilustre corporación y para vislumbrar a través de aquellos trabajos la angustiosa situación de aquel país, que los ilustres académicos creían poder aliviar, con una intención muy respetable por sus fines, pero que alguien podría tachar de ingenua por la situación.

Ya se ha señalado antes que el Gobierno de Vichy se entendía con la Academia, sometiéndole algunos asuntos. Así lo hizo cuando el Ministro de la Familia y de la Juventud, que después se llamó Ministro de la Familia y de la Salubridad Pública, le pidió su opinión sobre la conveniencia de hacer obligatorias la vacunación antidiftérica, la vacunación antitetánica y la vacunación contra la tifoidea y las paratifoideas, y la ventaja de hacer simultáneamente esas vacunaciones. La Asociación de los Médicos Amigos de la Familia y de las Familias Médicas numerosas, teniendo en cuenta que se elaboraba "una nueva constitución y un nuevo estatuto social", pidió a la Academia estudiara un proyecto para llamar la atención de los "poderes públicos" sobre la familia, sus deberes y sus derechos. El proyecto, presentado por el profesor Nobécourt, motivó el nombramiento de una comisión encargada del estudio de los derechos y de los deberes de la familia en sus relaciones con la salud y la higiene. La Academia aprobó las conclusiones de ese dictamen, en el que aparecen claramente algunos conceptos sobre las causas de la decadencia familiar en Francia, que tal vez fué uno de los

factores del desastre nacional, y en el que se hacen consideraciones psicológicas, sociológicas y morales sobre las familias, que pueden ser válidas en cualquiera circunstancia.

La situación confusa en que indudablemente se encontraban los miembros de la Academia de Medicina de París, se demuestra claramente en el discurso pronunciado por el ilustre profesor Achard en la sesión anual del 10 de diciembre de 1940 (hoy hace precisamente un año), y que voy a resumir brevemente, usando a veces frases textuales del autor. La angustia del presente, decía, ahoga a los franceses, pero más la del porvenir; en la reorganización que se impone a "nuestro desgraciado país", cuya vía se está buscando aún, lo que corresponde a la medicina pública no es lo menos importante para la nación ni lo menos urgente para la Academia; pensando constantemente en el porvenir de Francia, es útil considerar el estado presente de los servicios de la salud pública y los proyectos para mejorarlos; debe existir colaboración estrecha entre el práctico, que es el verdadero médico del individuo, y el médico higienista remunerado por la colectividad, que debe ser el médico de ésta; debe crearse una escuela práctica de higiene; entregado el servicio de la salubridad pública a los vaivenes de la política, nunca tuvo autoridad necesaria para desarrollarse en bien del país. El Gobierno ha contado con los consejos de la Academia de Medicina y del Consejo Superior de Higiene; aquélla con sus comisiones permanentes señala las medidas que deben tomarse de acuerdo con los progresos de la ciencia y señala la dirección general que debe seguir la lucha para conservar la salud pública. Durante la invasión, la situación de los laboratorios de la Academia, que tuvieron varios desolajamientos, fué muy crítica, pero "felizmente la nueva reunión del personal, después del armisticio, se hizo con bastante rapidez y el trabajo pudo comenzar en París a principios de agosto, por lo menos en la zona ocupada". El profesor Achard afirma, de acuerdo con los antecedentes de la Academia, que la autoridad puede tener en ésta un punto de apoyo para tomar y ejecutar medidas que protejan la salud de la nación y para que se continúe la obra social de regeneración física y moral que desean los espíritus clarividentes; reitera que la Academia forma parte de la "élite" de la nación, la que se constituye poco a poco merced al trabajo y no se improvisa ni se decreta. Las últimas palabras del discurso de aquel célebre

profesor, son textualmente las siguientes: "hoy, puesto que las palabras "élite", valor, mérito, trabajo, parecen recobrar sentido en el lenguaje político y en la opinión, la Academia espera se le dé oportunidad de dar una contribución más eficaz a la regeneración nacional y una colaboración más estrecha con los "poderes públicos"; no es con leyes por numerosas que sean como se puede de un día al otro transformar las condiciones materiales de la vida ni las maneras de pensar y de obrar del público; se necesita tiempo para esta construcción de la higiene social, pero la Academia no teme las obras de larga duración y siempre será feliz de contribuir a la defensa del país con lo que se puede llamar las municiones de la salud".

Es muy difícil, sin estar dentro de la situación por la que atravesaron los miembros de la Academia de París en el segundo semestre de 1940, no digo juzgar, pero ni siquiera comentar equitativamente, la actuación de ese ilustre cuerpo. Mas no es imposible darse cuenta del conflicto que apareció seguramente entre el dolor indudable provocado por la ocupación extranjera y el sentimiento agudo del deber que los académicos consideraban urgente llenar dentro de sus estatutos. No es posible conocer los sentimientos patrióticos de cada uno de los académicos de París, ni cómo han reaccionado aisladamente ante la trágica situación que tiene dividida a Francia en tres pedazos: zona ocupada, zona no ocupada y Francia Libre; pero sí puede afirmarse, después de la lectura de los documentos a que este escrito se refiere, que no aparece en ningún momento ninguna complacencia innoble hacia el invasor ni ninguna manifestación de patológico agrado por la situación. También es claro el reconocimiento que la Academia hizo del Gobierno de Vichy y cómo consideró indispensable prestarle su cooperación, a veces solicitada y más ocasiones espontánea, en bien de la salubridad pública de toda la Francia. Esta actitud, que comparten otros intelectuales franceses, no cuenta por supuesto con la simpatía de quienes consideramos que, a pesar de las circunstancias dolorosas y trágicas, que pudieran parecer irremediables, la resurrección de Francia necesita basarse fundamentalmente en la libertad completa y en el reconocimiento valiente y sincero de lo que ese noble país, tan digno de mejor suerte, ha hecho siempre en defensa de esa misma libertad, del derecho y de la justicia.

Sin embargo, no debe menospreciarse la actitud de la Academia de Medicina de París, cuyos estatutos le señalan una acción médico-social perfectamente definida, al dedicarse en meses aciagos y terribles al estudio de problemas vitales para los franceses, con la mira de proponer el remedio de sufrimientos que seguramente no se pudo conseguir. Tampoco puede dejar de tenerse en cuenta que la ilustre corporación creyó que, entre los mismos franceses, había culpables de la caída de su país en manos extrañas y que procedía una reconstrucción de Francia para evitar males semejantes en el futuro. Esta es una idea que comparten también elementos muy distinguidos de la cultura francesa, a los cuales no puede en rigor tacharse de traidores porque no han manifestado indecorosamente, como algunos lo han hecho, sus propósitos de "colaboración" en el nuevo orden. La verdad es que, aun los que simpatizamos con la Francia Libre, no nos sentimos, por lo menos así sucede con el que escribe estas líneas, completamente seguros para condenar a quienes no se consideran formando parte de aquel grupo.

De todas maneras, por lo que aparece del conocimiento de sus actividades en el primer semestre de la nueva situación de Francia, la Academia de Medicina de París, independientemente de la situación, de la angustia del porvenir y del papel que le corresponde dentro de la defensa de la salubridad pública, quiso ponerse al servicio de los franceses, estudiando algunos aspectos de su lamentable situación y proponiendo a las autoridades los remedios que juzgaba adecuados. Esta actitud de la Academia es muy digna de tenerse en cuenta como ejemplo de lo que una corporación estrictamente científica puede y debe hacer, no sólo en situación normal, sino en circunstancias dolorosas y hasta trágicas, para conocer, estudiar y tratar de resolver problemas de carácter médico-social.

Ninguno desea que el incendio internacional llegue a nuestro país, por más que hay barruntos de que podamos ser víctimas de algunas de sus consecuencias. Pero precisamente por esto, es oportuno recordar que nuestro presidente en su discurso inaugural de hace un año, al celebrar las condiciones pacíficas de nuestro país y todavía de nuestro continente y juzgar también que era remoto que cambiaran en perjuicio nuestro, declaraba que si las

circunstancias lo exigieran, nuestra Academia debía estar lista para cumplir con su deber. También es útil recordar que nuestra Academia se ha comprometido con la Sociedad Mexicana de Historia Natural a estudiar los problemas que se presenten con motivo de la implantación (que cada vez parece más próxima) del servicio militar obligatorio entre nosotros, aun cuando no se considere esto como un temor de conflicto internacional. En todas estas circunstancias, no será inútil conocer lo que instituciones semejantes a la nuestra han hecho, y tampoco será inconveniente aprovechar esa experiencia, después de aquilatarla como es debido.

Las células en los sedimentos urinarios

Por el Dr. JESUS ARROYO

Constantemente, cuando se examinan al microscopio sedimentos de orina, se encuentran elementos celulares diversos, de los cuales la mayor parte proviene de las vías que normalmente recorre la orina, y otros vienen de cavidades distintas del aparato urinario, y que se mezclan a la orina de un modo fisiológico, especialmente en la mujer, dada la estrecha relación anatómica de las vías urinarias y genitales en el sexo femenino.

Dichas células, en general, tienen poca importancia desde el punto de vista clínico, salvo algunos casos excepcionales que después referiré.

Son los siguientes, los principales elementos celulares susceptibles de ser observados en los sedimentos urinarios:

Células de la uretra y de la vejiga,

Células de los uréteres y pelvicillas renales,

Células del epitelio renal propiamente dicho,

Leucocitos y plocitos,

Hematíes,

Espermatozoides,

Células vaginales,

Células rectales,

Células neoplásicas,

Otros elementos celulares.